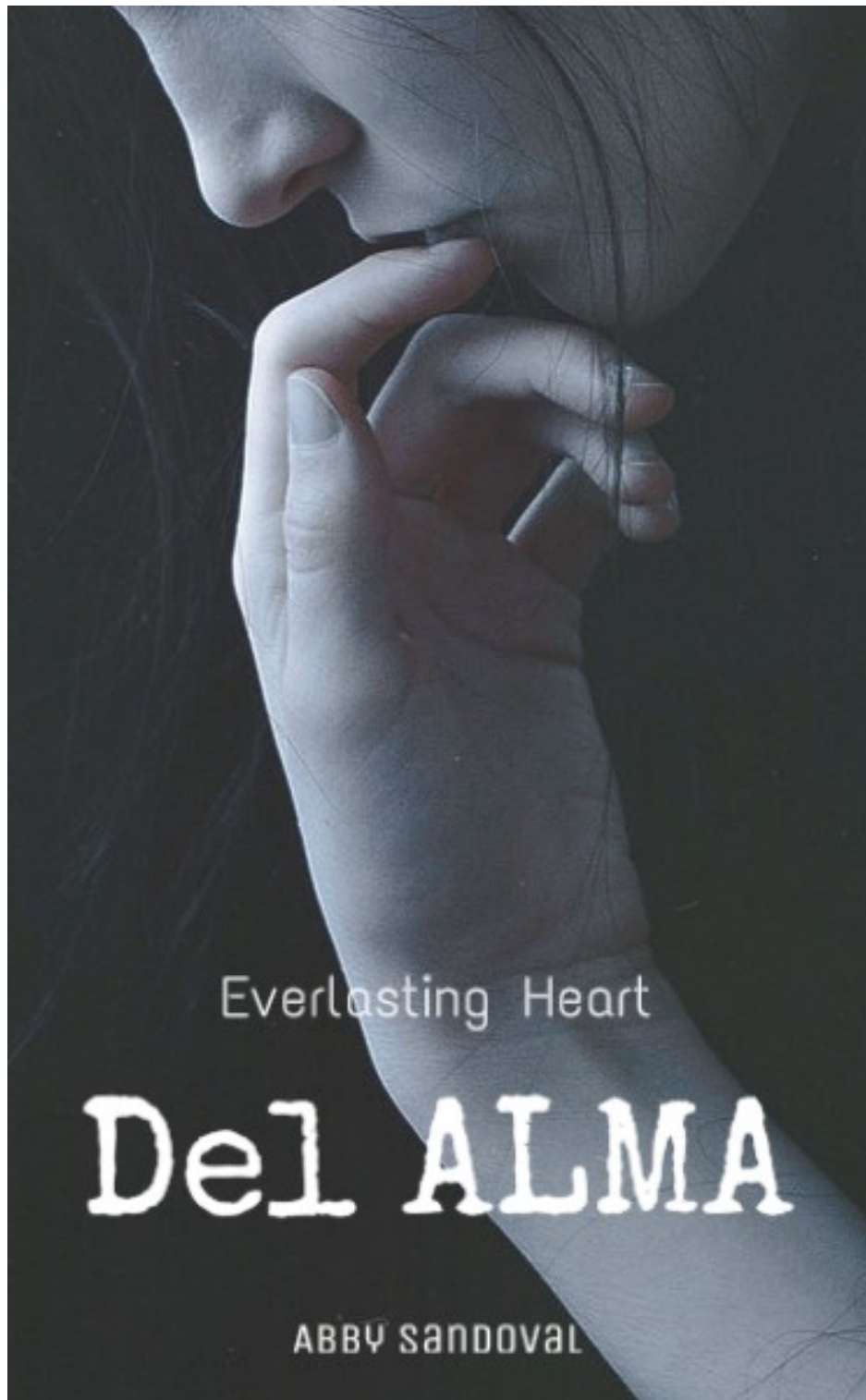


Everlasting Heart: Del ALMA

Abby Sandoval



Capítulo 1

Valery

Mi boca se secaba, mi garganta me desgarraba por dentro, a medida que corría mi cuerpo me pedía con desesperación un poco de aire y mis piernas parecían moverse aún más despacio de lo que yo quería, pero no podía detenerme, no podía detenerme, mi vida corría peligro, pararse a tomar un poco de aire era detenerse cuando un coche va pasando demasiado cerca. Le gritaba a mi cuerpo que se apurara, le gritaba a mis piernas que resistieran un poco más, solo faltaba poquito, o por lo menos eso es lo que quería.

Algo me estaba siguiendo —y no decía alguien porque no estaba segura de que era— no lo había visto muy bien, tenía el rostro cubierto por la capucha de una sudadera negra y la poca luz que había en las calles disminuyeron más mi vista, pero sin duda no era solo uno, eran varios que me venían siguiendo a paso acelerado, incluso más rápido de lo que yo podía seguir. Podía escuchar las pisadas de varios pies sobre los adoquines detrás de mí, intentado atraparme, mis piernas me ardían después de haber corrido dos manzanas para perderlos de vista y mis pulmones me dolían cada vez que se inflaban.

Me detuve en la primera tienda que vi, las luces por dentro estaban prendidas, parecía ser una mini boutique, pero eso no importaba ahora; por los vidrios de la puerta y ventanas no se veía nadie dentro. Toque la puerta frenéticamente pero nadie salió ni dio señales de que había alguien dentro, volví la mirada atrás cerciorándome de que ellos todavía no llegaran y agradecí a dios que no hubiera nadie detrás de mí pero no me confié. Mi corazón aun latía desenfrenadamente haciendo que me doliera el pecho, el sudor se escurría por la frente pero a estas alturas de la vida ni siquiera me preocupaba en lo absoluto.

—¡Ayuda, por favor! —Grité desesperada dando a puñetazos la puerta de cristal, estaba fría y dura—. ¡Alguien me está siguiendo! ¡Llame a la policía!

Mis gritos eran agudos y roncós en combinación de desesperado miedo. Tenía una herida en la cabeza y la sangre me escurría por mi frente, caliente y pegajosa, pero con el miedo ni siquiera podía sentir el dolor.

—¡Por favor, me han herido!

En ese preciso momento, un hombre de mediana edad, de cabello canoso y entradas en la frente, que usaba lentes exageradamente grandes, y que

tenía puesto un guardapolvo alrededor de la cintura, apareció en mi campo de vista por una puerta que se encontraba en la parte trasera donde se encontraba una caja registradora. Lucía aturdido, sorprendido y sin saber exactamente qué hacer en el momento en el que me vio. De seguro estaba aturdido por la manera en la que me encontraba ahora.

—Por favor, ayúdeme —pedí, podía sentir como es que las lágrimas estaban saliendo repentinamente rodando por mis pálidas y un tanto mugrosas mejillas dejando una línea en ellas. No podía dejarlo pasar, me estaba llevando el peor susto de mi vida y al notar que el hombre no hacía nada más que quedarse estupefacto susurré en suplica, apunto de rendirme—: Por favor.

Me había tropezado y caído varias veces en el suelo provocando la suciedad en mi rostro.

Gracias a dios, el hombre dejó el aturdimiento atrás, no se fue con miramientos y abrió la puerta, estaba claro que su rostro mostraba nada más que sorpresa al verme. Tenía mal aspecto, la falda desgarrada, mugrosa y manchada con un poco de sangre, mi cabello negro —que alguna vez fue ondulado— estaba enmarañado y mi cara estaba pálida del terror que tenía de que alguna de las personas o cosas que me atacaron me siguieran.

Entré rodeándolo y alejándome lo más posible de la puerta, sabía que esto de entrar a un lugar con un hombre que no conocía era algo muy malo, pero no tan peor que las personas que vi.

—¡Dios! —Exclamó el hombre detrás de mí mientras cerraba las puertas y bajaba las cortinas de metal—, ¿qué le ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto?

Yo ya me hallaba sentada en uno de los sillones del establecimiento que era una tipo boutique, donde la ropa estaba colgada en las paredes, que más separados por modelos y marcas estaban revueltos clasificados por colores, por blusas, faldas, pantalones, suéteres, etc. Arriba de la ropa pegado a la pared se encontraban las repisas donde tenía detenidas unos cuantos maniquí que solo tenía el torso y no las extremidades. Y en el lado opuesto de donde me encontraba, había repisas con bolsos de distintas formas y tamaños.

—Me estaban siguiendo —contesté esforzándose por hablar, podía sentir el pánico a flor de piel— y me atacaron en un callejón.

—Llamaré a la policía —me notificó y se acercó al cajero que se encontraba prácticamente en medio del pequeño cuarto de boutique—, si, buenas noches, llamó porque han atacado a una niña y ahora está conmigo... Claro: Wester Hooler Numero 258. Claro, los esperamos

aquí... no supongo que está bien, tiene una pequeña herida en la cabeza pero no es nada grave... No, no soy nada de ella pero ha venido a pedirme ayuda... Sí.

Pero en ese momento, un porrazo se escuchó haciendo que tanto como el señor y yo saltáramos de un susto, otro porrazo, alguien le estaba golpeando al metal de la cortina de la tienda y a medida que lo hacía dejaba una marca irregular, parecida a unas garras enormes. El hombre se quedó inmóvil tras el mueble del cajero, y yo no sabía qué hacer, tenía la esperanza de que el hombre supiera algo, pero estaba más que en estado de shock. Entonces, el metal se desgarró al igual que el cristal de la puerta de entrada. Creando un estruendo en la boutique, cientos de pedazos de vidrios volaron en mi dirección y no pude evitar saltar y reprimiera un chillido de alarma.

—Niña —habló el hombre por debajo del ruido de los vidrios quebrándose—, escodase.

Me levanté del sillón y fui directamente detrás de toda la ropa que se encontraba exhibida detrás de mí, lo mismo hizo el hombre y se escondió detrás del cajero fuera de la vista de cualquier persona o cosa. Sin siquiera pretenderlo solté un chillido de terror cuando aquellas personas encapuchadas entraron, y a pesar de que adentro había luz no podía distinguir nada de ellos.

El hombre, al escucharme, me hizo un ademán de que guardara silencio, y yo solo asentí y me llevé las manos a la boca.

Podía ver las botas de cuero de las personas que caminaban a paso lento mientras inspeccionaban el lugar y tras sus pasos los vidrios en el piso se quebraban, haciendo que escuchara el sonido del terror. Mis extremidades estaban temblando aunque yo hiciera todo lo posible porque no lo hicieran, tenía tanto miedo que sentí de inmediato el latir acelerado de mi corazón y casi podría jurar que lo oía y temía que alguien más lo escuchara.

Seguí con la mirada a uno de ellos, el único de las cinco personas que había dentro que tenía las botas de color café, iba directo a mí, no veía hacia arriba porque tenía miedo de que nuestras miradas se encontrasen pero a unos centímetros de mí, las botas se giraron sobre sus talones hacia donde estaba el hombre con poco cabello.

Me alarmé de inmediato cuando presencié como el de las botas tomaba al hombre de la garganta mientras este gritaba piedad y entonces le clavó un cuchillo en la boca atravesándolo clavándolo en la madera del mueble del cajero. Ahogué otro chillido y cerré los ojos sintiendo como es que las

lágrimas empapaban mis mano que cubría mi boca.

La sangre que caía de la boca a chorros empapaban el guardapolvo del hombre de mediana edad, los ojos aun los tenia abiertos y por un momento juré que los había movido. La lengua estaba cortada a la mitad al igual que los labios y sus dientes de enfrente ahora estaban rotos y rojos por la sangre.

Al no creer que todo podía salir peor, la misma persona que lo había matado, me tomó por sorpresa agarrándome de las ropas, sus manos eran de un extraño color verdoso, como las de un muerto con la carne putrefacta, las venas se le sobre saltaban de un color morado y sus uñas eran como garras cafés como cuando te entra hongo. Entonces antes de que mi mundo derrumbara en mil pedazos, todo a mi lado se tornó oscuro, mi vista se había nublado y entonces, caí desmallada.

Capítulo 2

Emily

Hoy

Ha pasado una semana desde que el teléfono de la casa sonó a lo que me pareció un sonido de alarma, estaba en la sala de la casa cuando sonó el teléfono y mi mamá contestó, luego de una larga plática telefónica se acercó hacia mí con el rostro pálido y posteriormente de haberse sentado a lado mío y acariciame mi largo cabello me dijo que Valery, mi mejor amiga, había desaparecido.

Claro que ulteriormente de eso, Coraline Williams, la prima de Valery y mi mejor amiga, me llamó precisamente para lo mismo: notificarme la misteriosa desaparición. En ese momento me alarmé y ayudé en lo que pude para encontrarla, pero después de todo... después de llenar el pueblo con cientos de carteles diciendo: le has visto, nadie la hallaba.

Me despierto amedrentada, sofocada y con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Charlotte, mi madre, me despierta abriendo las cortinas y toda la luz del sol pega directamente en mis ojos.

— ¡Es hora de despertar, dormilona! —dice la voz contenta y orgullosa de mi madre, seguramente hacia mí.

— ¡Agh! —protesto, mientras doy la vuelta bocabajo y enfundo la cabeza con la almohada. ¿Por qué demonios tiene que hacer esto?

¿Es tanto pedir unos minutos más de conciliación de sueño? Odio madrugar, deseo que las clases comiencen tarde y terminen temprano, eso será lo mejor del mundo. A parte de eso, no estoy acostumbrada a madrugar ni mucho menos para ir a una escuela.

—Vamos, Emily, hoy es un nuevo día y el sol está dando los buenos días.

No es normal que Charlotte suba a despertarme, de hecho no es normal que este en casa, normalmente es Marie —una mujer que trabaja para mis padres— la que lo hace, pero este es un día especial, un día que yo, definitivamente, no quiero tener.

—No, mamá, por favor.

Oigo a Charlotte resoplar.

—Emily, sal de ahí en este momento —su voz ahora suena un tanto fuerte, pero no la suficiente como para que yo me levante.

Saco las manos de las sabanas solo para sujetarme lo más fuerte que puedo de las vigas de la cabecera de la cama. Y mi madre capta el mensaje de inmediato por lo que me toma de los pies y comienza a jalarme para que salga de la cama.

— ¡No, por favor, no quiero morir! —suplico y mi voz sale ronca por lo soñolienta que aún sigo. Me dormí tarde en la noche precisamente para no despertar, nunca pensé que mi madre vendría.

—Vamos, hijita —se nota el esfuerzo que hace hasta en su voz y sigue tirando de mí—, tenemos que ir. No vas a hacerme esto otra vez, Emily.

—Bien, bien, bien —objeto subyugada—, ya voy.

De todos modos ya estoy despierta, ya no voy a poder volver a dormir. Charlotte sale de la habitación con el mismo entusiasmo con el que había entrado. Mi madre siempre es muy entusiasta y feliz, a veces me pregunto porque no he sacado eso de ella.

Con mucho más esfuerzo del que pensé, me levanto y me dirijo directamente al impecable y siempre blanco baño. Me recargo en el lavamanos y suspiro profundamente antes de verme al espejo. «Este tiene que ser un nuevo y mejor día —pienso mientras intento abrir los ojos y mirar mi bello reflejo en el espejo—. No puede ser peor, es el primer día de clases para todos, no eres la única nueva —me repito a mí misma». Mi extraña cabellera plateada, mis ojos azules, mis labios gruesos, mis cejas un tanto pobladas; y ahí está, lo que tanto odio ver, lo que hace que me sienta como una extraña... un fenómeno.

Un perfecto y magnifico resplandor que deriva de mi piel. Lo odio más que nada. Mi piel literalmente brilla, y no es como en crepúsculo cuando Edward se para debajo de la luz del sol y su piel brillaba como diamante. Mi caso es diferente, mi piel muestra una especie de luz blanca, resplandece en cualquier lugar, pero mucho más en la noche, a la luz de la luna y de las hermosas constelaciones en el cielo llamadas estrellas.

Todas las noches, cuando me miro en el espejo, lo único que veo reflejado es un fenómeno con piel resplandeciente. A veces me preguntaba qué es lo que la gente pensaría de mí en cuanto me vieran; anteriormente, cuando salía de la casa, me cubría casi completamente poniéndome guantes, abrigos largos, pantalones de hombre... lo que sea para

ocultarme.

Claro que aquello terminó una noche.

La salida del patio de la casa estaba a mitad del camino, franqueada por una reja doble de hierro forjado, fija a un muro alto de piedra. Me acerqué a la reja ignorando a los cinco guardias que se encontraban vigilando, al fin y al cabo no tenía impedimento por salir. Más allá de la reja, la fina niebla se alzaba del suelo disipándose en el aire, posé la mano sobre la reja y la abrí sin ayuda de los guardias quienes eran los que siempre me abrían paso.

Gracias a dios no había nadie fuera. Un vestido blanco que me llegaba a los muslos con franjas negras bajo el abrigo rojo con manga en corte tres cuartos que era exactamente del largo del vestido y unas largas botas negras que me llegaban arriba de las rodillas, eran todo lo que tenía puesto, nada que pudiera cubrir mi resplandor de alguien que pudiera verme. Me sentía feliz, asustada como en un primer día en algún lugar desconocido con personas desconocidas, la diferencia es que todo el mundo en Pretty Waterhouse me conocía por ser parte de la familia más poderosa.

Y no es por presumir.

En ese momento se me rizaron los vellos de los brazos cuando una sombra enfrente me detuvo sobresaltándome de un susto.

—Buenos días, señorita Emily —saludó un hombre de la tercera edad y siguió andado pasando a mi lado.

De inmediato, me miré la piel desnuda del brazo, pensando que el señor de seguro estaba ciego, y noté el resplandor en la piel. El hombre había pasado junto a mí y pareció ni siquiera haberlo notado. La sonrisa en mi rostro se hizo más grande, en un punto en el que parecía irreal, seguí caminando ahora sin siquiera intentar esconderme cuando más gente pasaba a mi lado y me saludaban con una sonrisa en el rostro y ninguna sorpresa en ellos.

En aquel entonces había llegado con mis padres con la buena noticia de que la gente no lo notaba, no notaba el hecho de que era un fenómeno. Era extraño pero no me importaba el por qué no lo notaba, estaba lo suficientemente feliz como para preguntarme el por qué.

Ahora he planeado todo lo que voy a hacer o decir mientras sea la primera escuela en toda mi vida. Se supone que tuve que ir a la escuela desde la semana pasada, pero seguía dudosa de entrar a una escuela después de tanto tiempo de estar encerrada en casa. Esto me pone los nervios de punta y siento una punzada en el pecho que de seguro es el pánico. No sé

cómo es el ambiente en una escuela, no sé cómo son las personas y que es lo que me arriba todo esto. He visto series de televisión y todos tratan sobre una niña maltratada por los demás.

Alguien toca la puerta de la habitación y entra Marie, una mujer de la misma edad que Charlotte, su cabello cae en cascada sobre su hombro por el chongo que siempre acostumbraba a hacerse, su enorme cabello es de un color bronce y sus ojos son pequeños solo un poco rasgados. Es hermosa.

—Señorita Emily —dice—, ya está el desayuno listo.

Asiento en respuesta.

—Gracias, Marie, voy para allá.

Bajo las escaleras ya arreglada y vestida, normalmente bajaría de dos en dos saltando de emoción pero últimamente algo me hace sentir mal e indiferente, tal vez es el hecho de que mi mejor amiga aún está perdida y sobre que mi piel brillase. Últimamente pienso en un sueño que he tenido y tengo miedo que algún día se podría hacer realidad, siempre soñaba con cosas extrañas.

Mientras Marie me sirve la comida vislumbro como mi madre está viendo unas revistas y mi padre lee el periódico. En mi casa así siempre son las comidas, los desayunos y las cenas, o a veces comía sola porque mis padres estaban en los negocios.

—Hoy volví a tener ese sueño —aviso, intentando llamar la atención de mis padres—, era un chico el que estaba tirado al final de mi camino. Nuevamente no volví a ver su rostro.

Lo invento porque nunca veo que es, nunca veía si era un chico o una chica.

Me sentía atrapada en uno de esos sueños en los que corres peligro y crees que es real. Correr hasta que te arda el pecho, lo único que hacía era jadear, jadear y jadear. Pero no corría para salvar mi vida sino para salvar la de otra persona; otra persona probablemente muy valiosa.

Mis piernas parecían moverse cada vez más paulatinamente mientras me esforzaba por avanzar entre la aglomeración. Sin darme cuenta que cargaba un gran vestido, de esos antiguos que tienen más de un siglo: vestidos con corset. Apenas y podía correr. Pero asimismo, noté que por la costilla me brotaba sangre, sin embargo, no me incumbía y seguía andando, si bien, de repente lo dejaba de hacer, ahora no corría sino caminaba rápido y después caminaba despacio hasta que me detenía y, enfrente, estaba tirado un cuerpo, el cual no reconocí. Pero al verlo me

alarmaba y tenía ganas de llorar.

Anteriores veces se lo había comentado a mis padres, pero era como que en cada sueño me decía o me mostraba algo más, antes había sido solo yo corriendo, pero corría como cuando se corre cuando quieres que el viento te pegue en el rostro; poco a poco me fue mostrando más cosas y eso me espanta mucho más.

Pero no es solo ese sueño, perpetuamente es el mismo sueño de tres chicos uno cada vez más grande que el otro, el que más me cita la atención y con el que más sueño es el del medio alto, increíblemente guapo, de ojos grises, rostro cuadrado, pómulos marcados, frente un tanto grande, su ropa siempre es la misma: una playera blanca sin estampado y una chaqueta negra. De los demás no me acuerdo de sus rostros pero de algo estaba segura, jamás los he visto en la vida real. Sé que suena una locura, pero es lo que sueño.

—Solo es un sueño, mi amor, ya verás que luego se te olvidara —con eso me había intentado calmarlo Charlotte en el primer par de sueños.

Pero los sueños han crecido más y no sé qué hacer.

— ¿Ahora si creen que me quiera decir algo? —Los volteo a ver pero ellos siguen en sus asuntos—. Ni siquiera me están poniendo atención.

—Claro que te ponemos atención —contesta Henry, mi padre, el hombre de cara cuadrada, ojos verdes, labios gruesos y que ahora tiene la barba fina, el cabello color negro corte corto y despejado la frente. Mientras deja su periódico aun lado objeta—: Ya habíamos hablado de eso ¿no, hija?

—No, ustedes hablaron de eso, solo me dijeron que lo olvidara. Les he dicho que he soñado con un chico, de mi edad... ¿No les preocupa que su hija sueñe con chicos? Porque si yo fuera ustedes y mi hija estuviera soñando con chicos, bueno la verdad...

—Ya —interviene Charlotte—, en lugar de estar platicando de tus locuras, mejor apúrate a desayunar —toma la taza que está enfrente y bebe de ella—. No querrás llegar tarde a tu primer día en el instituto de Pretty Waterhouse —se levanta de su silla.

—Esa a mí no me parece un instituto —rezongo haciendo un puchero—, más bien es como una prisión, un instituto con muros altos y habitaciones para los prisioneros... (ah, no, perdón, los alumnos) obligados a quedarse ahí las veinticuatro horas del día no debería llamarse escuela —protesto, me cruzo de brazos y azoto la espalda en la silla—. Aparte hoy es domingo, ¿quién va al instituto los domingos a las siete de la mañana?

—Los nuevos, hija, y no se llama escuela, es un internado —resoplo frustrada a lo que Charlotte añade—: Emily, el hecho de que sea un internado, no significa que no nos veras.

—Esto es solo otra excusa para el problema que tengo.

—Quedamos —tercia Henry— que de ese tema ya no íbamos a hablar.

—Ustedes no hablen de eso, pero a mí es a la que afecta. Me enviaran a un lugar donde ya no verán el problema.

—No digas eso, hija —mamá pasa la mano sobre la mesa para tocarme la mano—, tú no eres ningún problema.

—No, solo un fenómeno.

Ya no me contestan y siguen desayunando, el estar en un internado no me emociona mucho, es más, no me emociona en lo más mínimo.

Sin saber dónde ver, que no fuera mi propia comida, miro hacia papá quien debatiendo entre la comida, sigue leyendo aquel periódico de hoy. En aquellos periódicos aun habla sobre la desaparición de Valery Williams, y es que ya llevaban dos semanas desde su desaparición y aun no la encuentran ni hallan rastro de ella. Pero esa no es toda la noticia que dice, hay algo en el encabezado que me llama la atención:

La Familia Gilbert Ha Regresado Al Pueblo.

Hay una foto en la portada que no puedo notar bien debido a que mi padre lo ha doblado cuando lo deja en la mesa. Nunca había escuchado aquel apellido, no viene en el diario de la alcaldía de Henry, que cada vez que no tengo nada que hacer lo leo, solo para conocer a las personas que habitan este lugar.

—Papá, ¿quién es la familia Gilbert?

Papá toma un sorbo de café y me mira repentinamente con los ojos abiertos. Como si hubiera dicho algo incorrecto.

— ¿De dónde lo escuchaste?

—De tu encabezado en el diario de hoy —le señalo el periódico, posado en la mesa a mi lado—. ¿Cómo que regresaron? Creí que nadie se iba del pueblo.

—No lo hacen —interviene mamá—, la gente viene aquí porque es el

pueblo más tranquilo de todos.

—Entonces ¿por qué ellos se fueron? ¿Quiénes son?

—No lo sé, nena, ya tenemos que irnos, se nos hace tarde.

Mis padres me llevan al instituto con las ventanillas del coche abiertas.

En el norte de Estados Unidos de América en el estado de Wisconsin hay un pueblo llamado Pretty Waterhouse. Aquí en Pretty Waterhouse, un pueblito rico de naturaleza, donde abundan los árboles, normalmente es muy soleado, la temperatura es de veintiséis grados y el cielo es de un hermoso azul celeste. Pero ahora acaba de comenzar la temporada de lluvia, y todo el día está nublado. La gente ha nombrado al pueblo como uno de los más seguros, y después de la desaparición de Valery, ya no creo lo mismo.

Pretty Waterhouse es un pueblo fundado por la familia Waterhouse, en aquel tiempo un antepasado gobernaba y al ser, prácticamente, la primera familia que había pisado aquellas tierras, llamaron al pueblo así.

— ¿Estas emocionada por tu primer día en un internado? —pregunta Henry, mientras conduce, voltea hacia mí y luego a la carretera con tal rapidez que apenas puedo verlo.

— ¿Debería de estarlo? —arquea la ceja.

Desde que salí del preescolar, no había asistido a una escuela, mis clases siempre fueron en la casa, iba una mujer a la casa para enseñarme. La única razón por la que tengo amigos es gracias a que mi piel no siempre irradia luz, normalmente es solo cuando estoy relajada y feliz, por lo que cuando no sabía que la gente no podía notar mi defecto, intentaba mantenerme enojada, triste o alguna otra emoción que evitara el Defecto; y en esos días asistía a cursos de gimnasia donde conocí a las que ahora son mis mejores amigas.

Para mí, ahora, lo único clemente de estar en este instituto es que mis mejores amigas están en ese lugar, espero con ansias a que me toque en el mismo dormitorio con ellas. Dos semanas antes de venir, les había llamado avisándoles que mi llegada estaba a punto de ser y solo espero que me hayan hecho caso.

También porque después de la escuela hay veces que mis padres trabajan mucho (más bien todos los días) y tengo que quedarme sola en la casa, sin embargo, era un problema porque mis padres son de los que trabajan mucho para tener dinero, mucho dinero; compraron una casa muy grande

y me da aprensión de tan solo pensar en las muchas habitaciones y en los muchos pasajes secretos que hay y los que aún no he encontrado, por eso Henry contrató una "niñera" para cuidarme, pero no entendía por qué una niñera si ya estoy bastante grande. Ósea, ¡una niñera!

Hoy es uno de esos días en los que llegarán tarde, por lo que prácticamente me quedaría sola.

—Oh, vamos, Emily, será divertido —Henry trata de subirme el ánimo.

Y falla.

—Sí, claro.

Me asomo por la ventanilla y lo único que alcanzo a observar son grandes árboles, plantas y unas pequeñas ardilla que salta de un árbol a otro. Toda mi corta vida he soñado en el momento en que entre a la escuela, esperando conocer personas y que éstas quieran conocerme a mí, pero el nudo en mi estoma me indica que no es porque no haya desayunado mucho, sino que estoy completamente nerviosa.

No estoy segura de saber cómo es el ambiente en la escuela y tengo miedo de que no sea como me lo imagino. Y, unos cuantos metros adelante, encuentro un letrero que dice: Welcome the Institute of Pretty Waterhouse: "Levithan's Boarding School". Como otros metros más allá vislumbro la entrada, el internado es súper enorme, su tamaño es intimidante. Asimismo veo que ahí se encuentran mis amigas.

— ¡Ya hemos llegado! —chilla mi madre.